

## VALOR TESTIMONIAL DEL POEMA *EL GAUCHO* *MARTIN FIERRO*

Hacia ya más de cuarenta años que «el pobre Martín Fierro» había salido «a correr el mundo»<sup>1</sup>, con la sola pretensión de «ser co-

---

<sup>1</sup> Carta con que precedía Hernández la edición modestísima de su poema titulado *El gaucho Martín Fierro*, que apareciera impreso por primera vez en 1872. Era una especie de dedicatoria al amigo del poeta. José Zoilo Miguens. Más que dedicatoria, un pedido de protección. Este Miguens tuvo destacada actuación en el sur argentino, en la misma zona donde transcurriera la niñez y juventud del poeta. Fue juez de paz y fundador de la población de Ayacucho, cuyo nombre es el único patronímico que figura en el extenso poema y que constituye, a la vez, el lugar de radicación del protagonista del poema, Martín Fierro, y secreto homenaje a su amigo.

La presencia del nombre de la población es sustancial para la fijación histórica del poema. No solamente el lugar, sino también el nombre de Martín de Gainza, ministro de Sarmiento, nombre de persona real, incorporado al poema. Constituyen circunstancias que contradicen cualquier actitud antitemporal que se le quiera atribuir al poema.

Puede que el pedido de ayuda a Miguens haya consistido en que éste se encargara de la edición del poema, dada la circunstancia de que Hernández se encontrara prácticamente preso en el hotel y que desde allí volviera a Montevideo a continuar su destierro, hasta que Sarmiento dejara de ser presidente (1875).

Miguens fue, sin duda, amigo de la juventud de los Hernández (José y Rafael), ya que existen testimonios de esto recogidos por Rafael, que no sólo fuera hermano de José, sino su más ferviente admirador y quien dejara las más importantes noticias biográficas que de él tenemos.

Lo más factible es que esta amistad se haya consolidado por la afinidad política de ambos. Juntos estuvieron en Entre Ríos y formaron parte del ejército de López Jordán, en su lucha contra las tropas nacionales e invasoras de Sarmiento.

Los dos lucharon contra la política militarista de Mitre, especialmente odiosa por el régimen brutal contra las clases pobres argentinas, de la que fuera sostén Martín de Gainza, ministro de guerra del presidente Sarmiento.

Así lo certifica Hernández en sus discursos parlamentarios, en épocas

nocido por sí mismo», de ser juzgado sin errores, valorado por sus propias virtudes y juzgado por sus propios vicios y defectos, cuando la cultura argentina, por medio del pico de oro de su laureado poeta

posteriores a la edición de su poema. Más contundente es la corrección que hace en ediciones posteriores de su poema, para maltratar la figura de De Gainza, posible responsable del suicidio de su amigo Miguens.

En las ediciones anteriores a la trágica determinación de Miguens, había escrito Hernández:

*Un ministro o que sé yo  
a quien llamaban don Ganza*

que modificó, sin que haya más razón que su venganza

*que ese Ganza venga o vaya...*

La edición española prolijamente hecha por Aguilar fue elaborada por Eleuterio Tiscornia, quien, respetuoso a los dictámenes de *La Nación*, el diario de los Mitre, recogió la primera versión, que dice íntegramente:

*Pero estas trampas no enriedan  
a los zorros de mi laya;  
que el Ministro venga o vaya  
poco le importa a un matrero...*

ignorando expresamente la corrección introducida por el mismo Hernández y que dice así:

*Pero esas trampas no enriedan  
a los zorros de mi laya,  
que ese Ganza venga o vaya,  
poco le importa a un matrero...*

La nota que incluye el mismo Tiscornia es un alarde de desprecio a la concepción hernandiana. No solamente no aclara la modificación y oculta las razones que indujeron al poeta a maltratar al «ministro», a la vez que lo llama *Ganza* con evidente alusión a la desafortunada ave, sino convierte la injuria en halago. La nota 954, en la edición de Tiscornia, alude a un fuerte honrado con el nombre, así prócer del ministro, y justifica la deformación del apelativo diciendo que también lo hacía Ascasubi. Es una evidente maniobra confusionista vigente en el análisis de todo el poema.

Este complot, concretado en la denominada «literatura gauchesca», abarca cualquier alusión que pudiera despertar el interés del lector. Ricardo Rojas, por ejemplo, cuando se encuentra con claras alusiones, desvía la atención con notas totalmente desatinadas. En el aludido poema de Del Campo, por ejemplo, hay una queja por la pobreza vigente y provocada por la guerra contra el Paraguay. El protagonista don Laguna dice que «con el cuento de la guerra andan escasos los cobres». Ricardo Rojas apunta que se refiere el gaucho Laguna a la guerra europea del 70!

El mismo Rojas omite toda referencia a la publicación de José Hernández

Leopoldo Lugones y con la presencia de todo el poder político y del saber culto del Buenos Aires de principios de siglo, abrióle al pobre gaucho las ostentosas puertas del teatro Odeón, en una tardía pero justiciera salutación.

Fue en 1913. En ese mismo estrado habían sonado las voces ilustradas de Anatole France y George Clemenceau. Y el público era el mismo, atraído por el autor de *Odas seculares*, que venía de París.

Y así, Martín Fierro, que saliera a la luz en 1872, en misérrima edición, a 10 pesos el ejemplar y tentando su lectura con el agregado de «una interesante memoria sobre el camino trasandino»<sup>2</sup>, ascendía al escenario del teatro aristocrático porteño. ¡Curiosa paradoja! Porque en esa primera edición y en una carta a los lectores, su autor, José Hernández, justamente había prevenido que su pobre *Martín Fierro*, a diferencia del «don Laguna», inventado por el porteño Estanislao Del Campo, no venía a un teatro a divertir. Del Campo había introducido al gaucho orillero, falso, ridículo en pleno Buenos Aires y lo había obligado a ascender los ciento y un escalones del teatro Colón, para presenciar el enigmático e incomprensible poema filosófico de Goethe. Y ahora, justamente, compartiendo sus hazañas con las de Eneas, Menelao, Príamo, Aquiles, el Cid, Orfeo y Ulises, sin olvidar los héroes bíblicos, los de la canción de Rolando y de los Nibelungos, del Ramayana y de la Teogonía, llegaba su Martín Fierro a ingresar en el mundo de las letras. La verba castiza, rebuscada de Lugones, los convocó a todos ellos —eximiendo, eso sí,

denunciando el asesinato del general Peñaloza, aunque en el índice de su historia la incluye.

Para completar una bibliografía que permita fijar fechas precisas a la vida real del personaje de José Hernández, habría que incluir dos obras claves, de las que me ocupé por primera vez en mi libro *Vida de Martín Fierro*, editado en Buenos Aires por Peña Lillo en 1962. Uno es el hermosísimo libro del comandante Prado, que posteriormente a mi trabajo fue publicado por la editorial Eudeba: *Guerra al malón*. Los otros trabajos, debidos al comandante Alvaro Barros, amigo de José Hernández, y referidos a sus experiencias en las fronteras pampeanas, están publicados por la editorial Hachete en su colección «El Pasado Argentino». Páginas enteras de Martín Fierro, personajes vivos, como el «papolitano», la vida miserable y engañada de esos pobres italianos seducidos con ofrecimientos de trabajo y prosperidad y tirados indefensos a la frontera, son páginas desgarradoras en la prosa de Barros y en la poética de Hernández.

<sup>2</sup> Hay muy pocos ejemplares de esta primera edición, cuya portada era la siguiente: *El gaucho-Martín Fierro-por-José Hernández-contiene al final una interesante memoria sobre- el camino trasandino- precio: 10 pesos -Buenos Aires- Imprenta de la Pampa, Victoria 79- 1872.»*

a los auténticos gauchos, a los hermanos de Fierro—. Con todos los héroes de la épica universal constituyó un congreso excepcional, en el que incluyó a Martín Fierro, liberado así de sus compromisos con la historia, de su inserción en el mundo político, pasional al que perteneciera.

Tan amplio escenario y perspectivas tan augustas como extrañas, fueron montadas por Lugones para que la sociedad argentina otorgara al poema de José Hernández un visto bueno impostergable ya por la decisión plesbicitaria del pueblo argentino. Marginó, sí, su auténtico contenido histórico y político. Su mensaje de denuncia.

Seis conferencias y un alarde de saberes y evidencias de conocimientos filológicos, con manifiesta y voluntaria ignorancia de la historia patria, fueron necesarios para abatir las murallas que cerraban el paso al único poema de auténtica raigambre gauchesca, el fenómeno más contundente de las letras argentinas, al testimonio más descarnado de un presente histórico cruel, sanguinario, asesino y ladrón.

*Le advertiré que en mi pago  
ya no va quedando un criollo;  
se los ha tragado el hoyo  
o juido, o muerto en la guerra,  
porque, amigo, en esta tierra  
nunca se acaba el embrollo.*

*Y deje correr la bola  
que algún día se ha de parar:  
tiene el gaucho que aguantar  
hasta que se lo trague el hoyo  
o hasta que venga algún criollo  
en esta tierra a mandar.*

A cien años de aquellas andanzas, llega el pobre Martín Fierro a esta universidad española con el derecho que le da el no haber bastardeado la lengua heredada, no haberla envilecido ni ultrajado, porque tenía conciencia Fierro de que Dios

*Y aunque a las aves les dio,  
con otras cosas que inoro,  
esos piquitos como oro  
y un plumaje como tabla,  
le dio al hombre más tesoro  
al darle una lengua que habla.*

Volvió en 1872 José Hernández a su ciudad, a la pequeña pero soberbia ciudad de Buenos Aires, dictadora de la ley suprema en su país. Volvió de un cruel y penoso destierro, a donde lo condenaron los mandones de esta ciudad, fuente inagotable de ejércitos destinados a domar al país. Desde Buenos Aires habían salido ejércitos y hombres propuestos a ponerse al país en el bolsillo, como dijera el presidente general Mitre.

Unos partieron para el noroeste. Abatieron los esteros paraguayos sembrando muerte y desolación. A su regreso, nada ya quedaba en el Paraguay. Ni un solo hombre mayor de trece años. Todos, todos habían muerto batallando, sin traiciones, sin huidas. Fueron víctimas del más espantoso genocidio habido en toda América.

Otros ejércitos salían para el norte. A su frente llevaban, por lo menos, generales extranjeros. El mando era el exterminio. «Guerra de policía», así la llamaban. Y si el presidente se arredraba ante tanta sangre derramada, la voz potente, violenta, convincente del más empecinado publicista de la civilización, lo alentaba gritando: «No ahorre sangre de gauchos. Es lo único humano que tienen y es necesario derramarla para abono de sus campos»<sup>3</sup>. Y los campos se tiñeron de

---

<sup>3</sup> Carta de Domingo F. Sarmiento, director de guerra en Cuyo, al presidente de la República, general Bartolomé Mitre, incluida en la edición del archivo del general Mitre.

La sinceridad de la actitud de José Hernández está revelada en las palabras que dejara su hermano Rafael: «Por asimilación, si no por cuna, soy hijo de gaucho, hermano de gaucho y he sido gaucho. He vivido años en campamentos, en los desiertos y en los bosques, viéndolo padecer, pelear y morir, abnegados, sufridos, humildes, desinteresados y heroicos. Sin codicia para el lucro, sin exigencias de ascensos, sin ambición por la gloria. He compartido sus aspiraciones y sus alegrías. He confundido mi sangre con la suya en las batallas; me han hecho gozar los encantos de la gloria, me han enseñado a afrontar la muerte con orgullo, por puro amor a la patria, por conquistar para todos la libertad.»

Debo agregar que Rafael Hernández fue un distinguido ciudadano universitario, a cuyo impulso se debió la creación de la segunda universidad argentina, la de la ciudad de La Plata, falsamente atribuida a Joaquín V. González. La fundación de la ciudad fue, en gran parte, debida a José Hernández. Aunque no fue en realidad una idea muy brillante.

Sarmiento, a quien debemos referirnos cada vez que se habla de Hernández, porque sus vidas se jugaron en los opuestos en que estuvo en conflicto el país, y ambos dejaron dos obras síntesis de sus actitudes, *Martin Fierro* y

púrpura. Sobre las rústicas lanzas hechas con tacuaras, puñales o simples tijeras de tuzar, quedaron las cabezas del gauchaje desangrándose en una orgía de «civilización».

*Facundo*, desmintió la denigración sistemática de su libro *Facundo*, en páginas de un escrito posterior, que tiene el mérito de haber sido redactado después de conocer a la pampa y a su hombre, el gaucho. Este libro se titula *La campaña del ejército grande* y está incluido en sus obras completas. En él se leen páginas similares a las de Rafael Hernández: «Fisonomías graves como árabes y como antiguos soldados, caras llenas de cicatrices y de arrugas... He aquí los restos de diez mil seres humanos que han permanecido diez años casi en la brecha combatiendo y cayendo uno a uno todos los días, ¿por qué causas?, ¿sostenidos por qué sentimientos?...

»Los ascensos son un estímulo para sostener la voluntad militar. Aquí no había ascensos.

»Todos veían los cuerpos sin jefes o sin oficiales: por todas partes había claros que llenar y no se llenaban; y los mil postergados nunca trataron de sublevarse.

»Estos soldados u oficiales carecieron diez años del abrigo de sus techos y nunca murmuraron. Comieron carne asada en escaso fuego, y nunca murmuraron. La pasión del amor, poderosa e indomable en el hombre como en el bruto, puesto que en ella se perpetúa la sociedad, estuvo comprimida, diez años, y nunca murmuraron.

»La pasión de adquirir, como la de llevarse, no fue satisfecha en soldados ni oficiales subalternos por el saqueo, ni entretenida por salario que llenase las más reducidas necesidades, y nunca murmuraron...»

El genocidio de este tipo especial, fue promovido en la campaña argentina por la necesidad de implantar un nuevo régimen que permitiera la explotación agrícola-ganadera demandada por el descubrimiento del frío, del barco frigorífico. A tal efecto se unieron los intereses de la oligarquía porteña con los de los exportadores. Vélez Sarfield corrió con la responsabilidad de modificar el concepto jurídico del derecho en cuanto a la posesión de la tierra. Mitre, con la remoción masiva de los hombres campesinos, organizando incesantes ejércitos para todos los rumbos del país y del exterior. Mientras, la repetición de los sistemas ferroviarios impuestos en la India, modificaban el mapa del país.

*Todos se güelben proyectos  
de colonias y carriles  
y tirar la plata a miles...*

El sargento Cruz, salvador providencial de Martín Fierro, en sus funciones obligadas de policía, había tenido acceso a las conversaciones de los planificadores:

*Hablaban de hacerse ricos  
con campos en la frontera:  
de sacarla más ajuera  
donde había campos baldidos  
y llevar de los partidos  
gente que la defendiera.*

Así reconstruye el historiador uruguayo Antonio Díaz estos episodios de la supuesta «guerra»:

«En la ocupación militar de las provincias bajo el gobierno de Mitre, las desgraciadas familias fueron azotadas, ya que los dominadores entraron robando y colgando a los hombres de los tirantes de las casas, poniéndoles un nudo corredizo a la garganta y prohibiendo a las mismas familias que descolgasen a las víctimas, las que debían descolgarse a pedazos por la putrefacción.

»Algunos de aquellos cadáveres, que no habían sido colgados muy arriba, sirvieron a la voracidad de los perros que los tomaban de *cuartos de carne*, estos hechos tenían lugar por aquellos tiempos en La Rioja. Y en la misma provincia de San Luis durante la administración de don Domingo Faustino Sarmiento. Entre las fuerzas armadas que cometían estos excesos militaba el comandante Vera, pariente del general Peñaloza. Vera era uno de los que más se habían señalado por las atrocidades en La Rioja. Este individuo cayó prisionero por las fuerzas del Chacho en los días en que se había alzado en armas. Peñaloza le dio libertad bajo la promesa de ir a cuidar de su familia y entregarse a los trabajos necesarios para su subsistencia: todo lo cual prometió el referido Vera, poniéndose en camino inmediatamente.

»Pocos días después, este individuo dirigió una carta al general Peñaloza diciéndole que tenía que comunicarle una misión secreta, y dirigiéndose con 40 hombres a una casa de campo donde se encontra-

---

Pero este genocidio cometió el grave error de eliminar a la defensa natural de la campaña. Alberdi, que no se distinguía por su amor al hombre argentino, pero sí por su inteligencia, había advertido: «Los campos fueron siempre el baluarte de nuestra independencia, y el paisano, el gaucho, su primer soldado.» Al fin, tardíamente, lo vino a entender el mismo Sarmiento: «Y llevando aun más adelante la comparación, me atrevo a asegurar que la población de Buenos Aires y el más negado gaucho es mil veces más racional, más adelantado que las masas de las campañas y trabajadores de las fábricas de *Birmingham* y *Manchester*, embrutecidos por el uso immoderado del aguardiente, por la ignorancia, el abatimiento, la inmoralidad y la miseria.» Y Juan B. Alberdi, en su polémica con Sarmiento, en *Cartas quillotanas*, le reprochaba a Sarmiento su denigración y persecución al gaucho: «El obrero productor de esas riquezas, el obrero de los campos es el gaucho que Sarmiento llama bárbaro, comparado al árabe y al tártaro del Asia arruinada y desierta, representa la civilización europea, mejor que Sarmiento, trabajador improductivo, estéril, a título de empleado vitalicio, que vive como doméstico de los salarios del Estado, su patrón.» Y agregaba haberle escuchado decir al general San Martín que «con diez mil gauchos se reiría en los desiertos argentinos de toda Francia».

ba el general con su familia y 10 hombres de escolta, avanzó a la casa, se apoderó del general diciéndole que no se resistiese porque nada pretendía hacerle. En vista de estas palabras, el general no intentó resistirse, diciendo a sus soldados que los que se presentaban eran amigos, y tomando a Vera del brazo, salió con él al patio diciéndole que le comunicase la misión que le llevaba cerca de él; pero apenas habían pasado los umbrales de la puerta los hombres que acompañaban a Vera y que se encontraban convenientemente apostados, emprendieron con el general a lanzadas, arrojándole al suelo donde concluyeron con su vida. Al expirar el general Peñaloza gritó: "Traidores, me han asesinado; pero bien cara les va a costar esta sangre"»<sup>4</sup>.

No eran ejércitos los que marchaban al sur. Nadie podría llamar soldados a esos pobres gauchos tan atados de pies y manos, como los que eran destinados a hacer la guerra al Paraguay. Estos eran los desertores de aquella guerra:

*De los pobres que allá había  
a ninguno lo largaron;  
los más viejos rezongaron  
pero a uno que se quejó  
enseguida lo estaquiaron  
y la cosa se acabó.*

*Porque todo era jugarle  
por los lomos con la espada,  
y aunque usted no hiciera nada,  
lo mesmito que en Palermo,  
le daban cada cepiada,  
que lo dejaban enfermo.*

Legión de infelices engrillados, semidesnudos, dejando bien a la vista las llagas y las heridas profundas producidas por los latigazos dados a esos cuerpos estaqueados a pleno sol. No podían sostenerse sobre esos «matungos», pobres caballos «patrias», inservibles casi, tan apaleados y destrozados como los mismos jinetes.

---

<sup>4</sup> Antonio Díaz, *Historia política y militar de las repúblicas del Plata*, Montevideo, 1878.

*Y andábamos de mugrientos  
que el mirarnos daba horror;  
le juro que era un dolor  
ver esos hombres ¡por Cristo!  
en mi perra vida he visto  
una miseria mayor.*

*Yo no tenía ni camisa,  
ni cosa que se parezca;  
mis trapos, sólo pa yesca  
me podían servir al fin...  
No hay plaga como un fortín  
para que el hombre padezca.*

*Poncho, jergas, el apero,  
las prenditas, los botones,  
todo, amigo, en los cantones,  
fue quedando poco a poco:  
ya nos tenían medio locos  
la pobreza y los ratones.*

Allá, a lo lejos, en manos de los jueces y comandantes, habían quedado todos los bienes de estos gauchos: majadas, ropas, rancho, tierras, y lo que trajeron también fue rapiñado por los jefes.

*Y pa mejor, hasta el moro  
se me jue de entre las manos.  
No soy lerdo... pero, hermano,  
vino el comandante un día  
diciendo que lo quería  
«pa enseñarle a comer grano».*

Estos hombres, inútiles ya para la vida, destrozados en sus cuerpos y aniquilados en sus almas, como legiones de boyardos, rumbearon a la pampa insondable, como muralla humana para contener a la indiana.

*Aquello no era servicio  
ni defender la frontera:  
aquello era ratonera  
en que es más gato el más juerte;  
era jugar a la suerte,  
con una taba culera.*

*Allí tuito va al revés:  
los milicos se hacen piones*

*y andaban por las poblaciones  
emprestaos pa trabajar,  
los rejuntan pa peliar  
cuando entran indios ladrones.*

«Aquella pobre gente —comentaba un testigo, el comandante Prado, autor de un bellissimo libro, *Guerra al malón*— no dormía, no descansaba, no comía, carecía de ropa y de calzado; en la botica no se encontraban medicamentos, y en cambio, a la menor palabra de protesta, al menor gesto de cansancio, funcionaban las estacas, llovían las palizas, y los consejos de guerra verbales dictaban la muerte.»

Otro testimonio irrefutable, de Estanislao Zeballos: «El ejército se hallaba sin provisiones, sin vestuario y, lo que es más grave, sin caballos. El carro carecía de ruedas y no podía ser movido, cuando en marzo de 1876 una nueva y horrenda irrupción de vándalos en número de tres mil lanzas, burlaba la vigilancia del ejército casi inmóvil y causaba nuevos robos, incendios, cautiverios, violaciones y asesinatos sobre una ancha y poblada comarca.»

El mismo estudioso, con afanes de antropólogo, examinando las pampas maloneadas, escribía: «Recorriendo los fogones de Quethré Huitrió, hallé los huesos de perros, vizcachas, zorros, iguanas y aves con que los soldados se alimentaban a veces.» «Los episodios supremos se sucedían y referiré uno siquiera sea con el objeto de consignar una idea de la vida militar de los fundadores de la graciosa villa de Guaminí. Muchos meses habían transcurrido sin que llegaran las provisiones que el ejército esperaba con ansias y desesperación, hasta que al fin hubo noticias de la marcha de un gran convoy con armas, pertrechos de guerra, ropa de invierno (los soldados vestían de brin con 6 grados bajo cero), materiales de construcción, carpas, tabaco, azúcar, yerba, otros víveres y ocho mil ovejas. Las tropas celebraban gozosas la noticia, cuando los campos se poblaron de indios que, vigilantes y dueños de la retaguardia del ejército, acechaban el convoy para asaltarlo. Mil indios de pelea y una nube de auxiliares o chusmas (las mujeres y niños indígenas) buscaban aquella presa extraordinaria.

Dueños de ellos los bárbaros, el ejército estaba perdido. El gobierno, sin dinero, sin créditos y afrontando la más violenta oposición revolucionaria, no habría podido reponer aquellos elementos y tropas, rendida al hambre y al padecimiento físico, retrocedería a pie, a través

de sesenta leguas de desierto enemigo, con las monturas al hombro, poniendo los caballos y, a caso, asesinados por la espalda.

El convoy era, pues, la vida o la muerte para los veteranos de Carhué y Guamini.»

*Se empezó en aquel entonces  
a rejuntar caballada,  
y reunir la milicada,  
teniéndola en el cantón,  
para una despedición  
a sorprender a la indiada.*

*Nos anunciaban que iríamos  
sin carretas ni bagajes  
a golpear a los salvajes  
en sus mismas tolderías;*

*Que esta despedición,  
tuviéramos la esperanza  
que iba a venir sin tardanza,  
sigún el jefe contó,  
un ministro o qué sé yo,  
que le llamaban Don Ganza.*

*Que iba a reunir el ejército  
y tuitos los batallones  
y que traiba cañones  
con más rayas que un cotín.  
¡Pucha!... las conversaciones  
por allá no tenían fin.*

Entre Ríos, su nombre lo dice, vivía separada de este gobierno brutal, amparada en las profundidades oceánicas de su río Paraná. Un día las legiones porteñas lo cruzaron. También a su frente venía el literato, panfletista, director de guerra, maestro de escuela y ahora presidente de la República, Domingo F. Sarmiento. Era portador de un arma nueva. Y él, el futuro padre de la instrucción pública, probó, para espanto de la población, esta arma: la metralleta, fusilando simbólicamente las paredes del colegio de Rosario y Paraná. Venía Sarmiento en tren de escarmiento a terminar con los que se oponían a su gobierno democrático, que había logrado el consentimiento del dos por ciento de la población votante, en elecciones fraudulentas.

Nueve mil gauchos, sin más armas que sus tacuaras y su coraje, cometieron el desatino de enfrentar a la desconocida metralla. También en Entre Ríos, como en el noroeste como en la pampa, como en las provincias andinas, la tierra toda era regada copiosamente con la sangre gaucha, «únicamente útil para abono de la tierra».

Con la fatiga de todas las derrotas, con la opresión tremenda de todas las frustraciones de esta América, aquí está José Hernández, sola su alma, frente a la mezquina mesita del hotelucho porteño, «El Argentino». El presidente Sarmiento le había hecho saber que podía volver a su país, donde lo esperaban su larga y tierna familia, sus viejos amigos. Sarmiento, el presidente, garantizaba su vida. Sarmiento, el civilizado, el padre de la instrucción, había puesto secretamente a precio la cabeza del poeta Hernández. Sus esbirros estaban apostados en espera de su víctima.

Es que cuando Sarmiento, director de guerra, mandara asesinar al general Peñaloza, y aplaudiera *por la forma* en que fuera asesinado, José Hernández, con ansias de blasfemia, documentó la infamia: «Los salvajes unitarios —escribió entonces— están de fiesta. Celebran en estos momentos la muerte de uno de los caudillos más prestigiosos, más generoso y valiente que haya tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir. El partido unitario, un crimen más que escribir en las páginas de sus horrendos crímenes.

»El general Peñaloza ha sido degollado, el hombre ennoblecido por su inagotable patriotismo, fuerte por la santidad de su causa, el Viriato argentino, ante cuyo prestigio se estrellaban las huestes conquistadoras, acaba de ser cosido a puñaladas en su propio lecho, y su cabeza, conducida en prueba del buen empeño, del asesino, al bárbaro Sarmiento.

»El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso, acaba con sus enemigos consiéndolos a puñaladas...»

Y cuando Mitre empujaba legiones y legiones de infelices para que murieran asesinando en la guerra monstruosa contra el Paraguay, también José Hernández se hacía eco de todas las repugnancias y rebatía la hipócrita «guerra de regeneración»<sup>5</sup>. «Decir que hemos ido a rege-

---

<sup>5</sup> Artículo publicado por José Hernández en su diario *El Río de la Plata*, el 24 de agosto de 1869.

nerar el Paraguay es decir que nos hemos despojado de la justicia, del derecho para acometer un atentado sin nombre.

»La conciencia pública, el grito de la moral ofendida, claman por una amplia reparación, y nosotros queremos satisfacerla...

»¿Cómo puede llamarse guerra de regeneración para el Paraguay la que estamos sustentando, arrebatando palmo a palmo el territorio y pasando adelante sólo sobre los cadáveres de sus defensores?»...

Los muertos en los esteros y bañados del Paraguay, los fusilados por la espalda, o durmiendo, como se había visto en Cañada de Gómez, los estaqueados en las fronteras, los condenados sin juicio, sin tribunal, por brutalidad, por codicia, por lujuria, golpearon fuertemente en el pecho amplio, atlético, casi de exhibicionista circense, que era José Hernández. Era el clamor de una estirpe condenada a la más afrentosa muerte.

*El anda siempre juyendo  
siempre pobre y perseguido;  
no tiene cueva ni nido,  
como si fuera maldito;  
porque el ser gaucho... ¡barajo!  
el ser gaucho es un delito.*

*En nada gana en la paz,  
y es el primero en la guerra;  
no le perdonan si yerra,  
que no saben perdonar,  
porque el gaucho en esta tierra  
sólo sirve pa votar.*

*Para él son los calabozos,  
para él las duras prisiones,  
en su boca no hay razones  
aunque la razón le sobre;  
que son campanas de palo  
las razones de los pobres.*

*Si uno aguanta, es gaucho bruto;  
si no aguanta, es gaucho malo;  
¡porque es lo que él necesita!  
de todo el que nació gaucho  
ésta es la suerte maldita.*

«Aquellas épocas eran duras para el infeliz condenado al servicio —recordaba el comandante Prado—. Llegaba con fama de bandido, casi siempre, y, en consecuencia, era tratado como pillo.

»Algunos se querenciaban y vivían contentos y felices, conceptuando que para ellos el mundo era el cuartel, y la familia, el escuadrón. Se divertían corriendo avestruces y boleando gamas; se deleitaban saqueando una toldería o entreverándose, a sable limpio, en un malón. Otros, más indomables o menos filósofos, tomaban la cuestión por el lado trágico, y en la primera oportunidad, desertaban.»

José Hernández venía ya con el brazo vencido para la ahora inútil lanza. Uno más en el ejército de López Jordán, que defendía la autonomía provincial de esos nueve mil hombres que pusieron sus pechos ante la metralla invasora de Sarmiento, no tenía nada más, en su cuartucho hotelero, que las cuartillas de papel que le acercara su amigo José Zoilo Minguens<sup>6</sup>, y allí, bajo la advocación de un pueblo al borde del total exterminio, al amparo de tantos y tantos miles de gauchos que fueran sus compañeros en las patriadas y en los fogones, en quienes partiera el dicho ingenioso, el verso rotundo y fresco, vicio único del gaucho, fue hilvanando recuerdos, que eran crucifixiones, y mensajes para un mundo presentido. «Al final me he decidido a que mi pobre Martín Fierro, que me ha ayudado algunos momentos a alejar el fastidio de la vida del hotel, salga a conocer el mundo y allá va, acogido al amparo de su nombre.»

*No me hago al lao de la huella  
aunque vengan degollando;  
con los blandos yo soy blando  
y soy duro con los duros,  
y ninguno, en un apuro  
me ha visto andar titubeando.*

*En el peligro, ¡qué Cristo!  
el corazón se me enancha,  
pues toda la tierra es cancha  
y de eso naidas se asombre,  
que el que se tiene por hombre,  
donde quiera hace pata ancha.*

<sup>6</sup> Parece bastante probable, por lo que se sabe de José Zoilo Minguens y publicado por Angel Héctor Azeves (*Ayacucho*), que la parte argumental del poema surgiera de las conversaciones mantenidas entre Hernández y Minguens.

*Soy gaucha y entiendaló  
como mi lengua lo explica:  
para mí la tierra es chica  
y pudiera ser mayor;  
ni la víbora me pica  
ni quema mi frente el sol.*

*Nací como nace el peje  
en el fondo de la mar;  
nades me puede quitar  
aquello que Dios me dio:  
lo que al mundo truje yo  
del mundo lo he de llevar.*

*Mi gloria es vivir tan libre  
como el pájaro del cielo;  
no hago nido en este suelo  
ande hay tanto que sufrir;  
y nades me ha de seguir  
cuando yo remuente el vuelo.*

No podía sospechar José Hernández, que ese pobre gaucha que fuera canto de rapsoda junto a los fogones, que anduviera ya de boca en boca entre el paisanado argentino, por decisión de su cantor al imprimirlo malamente, iniciaría su vida inmortal. Volcado a todos los idiomas del universo, editado en todas las formas, en todos los tamaños, nadie puede saber cuántas son sus ediciones ni menos el número de ejemplares publicados. De allá, desde el principio, como artículo de primera necesidad, estaba incluido en el pedido del pulpero: «Fósforos, ginebra, sardinas y... Martín Fierros...» Y como lo profetizara su autor, en todo rancho de la pampa argentina, en un rincón cubierto de polvo, están los Martín Fierro en espera de la llegada de una visita letrada, capaz de rescatar de ese misterio de tinta y papel la figura humana y heroica del pobre gaucha argentino.

En 1913, Leopoldo Lugones, con sus lujos de hombre sabio, con su prestigio europeo, con su autoridad consagrada en el mundo de las letras, dio un empujón violento al tímido gaucha que se detenía en el umbral del saber. «Es un pobre gaucha —casi se lamentaba Hernández en su carta— con todas las imperfecciones de forma, que el arte tiene todavía en ellos; y con toda la falta de enlace en sus ideas,

y en las que no existe siempre una sucesión lógica, descubriéndose frecuentemente entre ellas apenas una relación oculta y remota.»

«Me he esforzado, sin presumir de haberlo conseguido, el presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que le es peculiar; dotándolo con todos los juegos de su imaginación, llena de imágenes y colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos los impulsos y arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado.

»Cuantos conozcan con propiedad el original, podrán juzgar si hay o no semejanza en la copia.»

*Estaba el gaucho en su pago  
con toda seguridad;  
pero ahura... ¡barbaridad!  
la cosa anda tan fruncida,  
que gasta el pobre su vida  
en juir de la autoridá.*

*Pues si usted pisa en su rancho  
y si el alcalde lo sabe,  
lo caza lo mesmo que el ave,  
aunque su mujer aborte...  
¡No hay tiempo que no se acabe  
ni tiento que no se corte!*

*Y al punto dése por muerto  
si el alcalde lo bolea,  
pues ahí nomás se le apea  
con una felpa de palos.  
Y después dicen que es malo  
el gaucho si los pelea.*

*Y el lomo le hinchan a golpes  
y el rompen la cabeza,  
y luego con ligereza,  
ansí lastimao y todo,  
lo amarran, codo con codo,  
y pa el cepo lo enderíezan.*

*Ahí comienzan sus desgracias,  
ahí principia el pericón,*

*porque ya no hay salvación  
y, que usted quiera o no quiera,  
lo mandan a la frontera,  
o lo echan al batallón.*

¿Cuál fue el propósito de Hernández? No deleitar, hacer reír, divertir, mistificar sobre hechos inventados, situaciones estrafalarias, como lo hubiera hecho en prosa Sarmiento con su famoso *Facundo*, donde fantasearía sobre costumbres, características y virtudes gauchas tan inexistentes como los crímenes que atribuyera a los mismos caudillos gauchos. No entraría en los versos de Hernández el famoso rastreador, inventado por Sarmiento y publicitado en la *Revista de Dos Mundos* por el francés Ebelot<sup>7</sup>. Hernández, hombre de campo, cuya niñez transcurriera en las estancias bien sureñas, cercanas al actual Mar del Plata, en sierras de los Padres, no podía ser sorprendido por cuentos de fogón, como lo fuera Sarmiento alejado de su patria, a la que viera por primera vez en 1852, mucho después de haber publicado su planfletó<sup>8</sup>. Aquellas cualidades exageradas, milagrosas casi, de un hombre capaz de recordar en un sólo instante los miles de caballos existentes en la pampa, a juicio de un comentarista de *Facundo*<sup>9</sup>, eran tan «cuento chino» como aquel que lo suponía a Napoleón

---

<sup>7</sup> Los artículos que publicara Ebelot en *Revue de Deux Mondes*, de París, aparecen en ediciones argentinas con el título de *La pampa*.

<sup>8</sup> La fortuna literaria de Sarmiento no puede ser comparada con la de Hernández. Su libro más publicitado, *Facundo*, no es ni ha sido jamás libro popular en la Argentina. Es libro de texto, con lectura obligatoria. Esa es la razón de las ediciones. Todo lo que se refiere a este libro es exagerado y hasta ridículo. Su primera edición consistió en un par de cientos de ejemplares para la que se utilizaron los plomos de los folletines aparecidos en un diario de Santiago de Chile, y con tan poca fortuna, que durante su edición, el diario cambió de linotipia, de manera que los ejemplares aparecieron con dos tipos diversos de letras.

Luego, presidente su autor, y con vanidad de escritor, las cosas naturalmente mejoraron.

<sup>9</sup> Es poco conocido el hecho, porque hay una especie de conjura para ocultarlo, de que Sarmiento, que escribiera el libro para hacer méritos políticos, lo dedicara al jefe de la fracción unitaria, Valentín Alsina, a quien le pidió, a su vez, notas para incluirlas en una nueva edición. Alsina se tomó el trabajo de elaborar 53 notas. Dejó el trabajo a medias, porque le fatigaba tener que enmendar totalmente el libro: Sarmiento dedujo, con razón, que incluir las notas equivalía a inutilizar su libro. Publicó entonces, en lugar de ellas, una carta, que suele aparecer, en la que manifiesta su agradecimiento a Alsina y le dice que sus notas ¡destruirían la belleza de su historia!

con tiempo y ganas de saberse la vida y milagros de sus cien mil soldados.

Pero si conocía Hernández sus virtudes, también sabía que el primitivismo y la violencia lo hacía víctima de sus impulsos que podían llevarlo al crimen. Y la pluma de Hernández, que venía alentada por el canto rapsódico inicial, no tergiversa su mensaje de autenticidad.

*Y sepan cuantos escuchan  
de mis penas el relato,  
que nunca peleo ni mato  
sino por necesidá,  
y que a tanta aversidá  
sólo me arrojó el maltrato.*

*Y atiendan la rilación  
que hace un gaucho perseguido,  
que padre y marido ha sido  
empeñoso y diligente,  
y sin embargo la gente  
lo tiene por un handido.*

El *Martín Fierro* vivo, el auténtico, el real, el de los versos de Hernández, era el alegato más contundente, al que llamaríamos hoy la más apasionada canción de protesta, panfletaria a veces, pero profunda, emotiva, delirante. Su presencia en los santuarios del hogar criollo, en el rezo gaucho, en los encuentros festivos, plegaria y alegato, laceraban las conciencias de quienes estaquearon la pampa entregada al malón indígena, privadas del gaucho, su defensa elemental.

Ya lo había advertido proféticamente el mismo Hernández: «Quizá la empresa habría sido para mí más fácil, y de mejor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reír a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso en este género de composiciones; pero mi objeto ha sido dibujar a grandes rasgos, aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes; ese conjunto que constituye el cuadro de su fisonomía

moral y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes.

»Yo he deseado todo esto, empeñándome en imitar ese estilo abundante en metáforas, que el gaucha usa sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes, en copiar sus reflexiones con el sello de la originalidad que las distingue, y el tinte sombrío de que jamás acrece, revelándose en ella esa especie de filosofía propia, que, sin estudiar, aprende en la misma naturaleza; en respetar la superstición y sus preocupaciones nacidas y fomentadas por su misma ignorancia, en dibujar el orden de sus intenciones y de sus afectos, que él encubre y disimula estudiosamente; sus desencantos, producidos por su misma condición social, y esa indolencia que le es habitual hasta llegar a constituir una de las condiciones de su espíritu; en retratar, en fin, lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, este tipo original de nuestras pampas, tan poco conocido, por lo mismo, que es difícil estudiarlo tan erróneamente juzgado muchas veces, y que al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo.»

Poca suerte tuvo su autor. Y poco éxito Lugones. Lo que se propusieron como empresa justiciera, encontró la tergiversación del sirviente de la politiquería, del acomodo adúlón a los herederos de los fusiladores de los Peñalosa, o de los que habían convertido al Paraguay en una «difuntería», como se jactaría Lucio V. Mansilla. La presencia halagadora del diario *La Nación*, sustentado por la familia que recibiera la herencia del general Mitre, sobornado por quienes se enriquecieron abasteciendo a los ejércitos invasores, no podía consentir la coexistencia de la verdad histórica con el suceso literario preconizado por Lugones.

Y fue entonces cuando se inicia una doctrina mistificadora, que tiende a cubrir celosamente la realidad, el contenido histórico del *Martín Fierro*.

Se sustrajeron los prólogos de las ediciones, o se agregaron notas sumamente cruditadas, como las de Eleuterio Tiscornia, asépticamente puras, filológicamente tan veraces como injustas supresiones a cualquier referencia que pudiera integrar el poema en su momento histórico y que pudiera darle margen en el tiempo y en el espacio a la denuncia social. Y si bien Leopoldo Lugones no fue cómplice de esta mistificación, sino, por el contrario, fue un precursor justiciero de la reivindicación del poema, su nombre fue utilizado para iniciar esa es-

cuela pretendidamente erudita, que injertó a Martín Fierro en la lista de los payasos propuestos por Ascasubi o Del Campo, para diversión de puebleros <sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Rafael Hernández escribió un libro valioso, en el que incluye la biografía de su hermano. Se titula *Pehuajo* y es la historia de los hombres cuyos nombres designan las calles de esa ciudad bonaerense a la que él estaba ligado y que, por casualidad, es también el lugar donde vivieron mis abuelos paternos cuando era plena pampa. El amor de Rafael y la gran afinidad sentimental con su hermano obliga a que se tenga como de José lo que es de Rafael. Si bien, José se refirió con cierta deferencia a Estanislao del Campo, en la carta que prologa su *Martín Fierro*, Rafael, en cambio, realiza un análisis tan mordaz como auténtico.

«... inventarse —dice— un paisano de tierra adentro, en plena pampa, que baja a la ciudad a cobrar sus lanas; se encamina solito hacia el teatro de la ópera sin extraviar la calle; compra las entradas; atraviesa la multitud que se agolpa; sube las escaleras: ocupa su sitio en el «paraíso» (el número de escalones que daban acceso a la galería de hombres del teatro Colón era de ciento uno)...

»... don Laguna tuvo la singular previsión de contarlos con más exactitud que si hubieran sido corcovos de su potro; juzga la obra, critica y satiriza con atinado acierto, costumbres y cosas que no pasaron jamás por sus sentidos; asiste a las representaciones fantasmagóricas del más nebuloso y complicado poema que ha creado la imaginación germánica; no deslumbran sus ojos, no alteran la serenidad de su alma educada en las plácidas monotonías de la pampa, ni la novedad de la brillantísima concurrencia, ni los esplendores del teatro, ni las mágicas transformaciones escénicas; ni las cambiantes radiaciones de la luz eléctrica y sigue en todos sus detalles la enmarañada acción dramática entre el cielo, la tierra y el infierno, interpretando hasta la intención remota del filósofo alemán, cantada en el idioma del Dante por los mejores artistas; siente las emociones del actor que refleja y ríe y llora y palpita,, arrebatado en los torrentes armoniosos de Gounot.

»Y para que nada falte, repite al día siguiente, con notas y comentarios que harían la fama del más hábil narrador, cuanto ha visto y escuchado en el fantástico espectáculo.»

Así se debatía gauchismo y antigauchismo en el siglo pasado. Lo que pone más en ridículo el invento grosero de la poesía gauchesca con *Martín Fierro* en la cumbre de tan endeble pedestal.

Esta mistificación tiende a desfigurar la historia real que se anida en el poema. También a confundir en cuanto a sus costumbres verdaderas, a sus pasiones y sentimientos.

Rafael, al analizar con más detención el poema de Del Campo, lo ridiculiza al demostrar la ignorancia campera de su autor. Pone por nombre a su caballo «Záfiro», piedra totalmente desconocida en la campaña argentina. Dice que es «medio bagual» y, sin embargo, lo deja suelto, como corderito.

*Déjelo a mi parejero  
que es como mata de pasto...*

Para colmo de disparate, le atribuye, por razones de rima, un color del

Nada se respetó del pensamiento de Hernández. Tampoco la clara denuncia de Lugones. Se fraguó una literatura *gauchesca*, incorporando a Martín Fierro a la legión de sus francotiradores creados por Ascasubi, quien vendía al general Urquiza panes para su ejército destinado a abatir a un gobierno criollo, y también versos para engañar a sus soldados.

Pronto, profesores de la Universidad complacientes al régimen vencedor habrían gala de ni siquiera haber leído el poema incorporado a las lecturas obligatorias<sup>11</sup>. De esta manera, castrado el poema en su violencia denunciadora, burlado el personaje en la esencia vital de sus creencias, de sus afectuosidades, de sus costumbres, de sus superterciciones, marginado de su tiempo y de su vida, quedaría como un tipo risueño, rebelde, compadre, suburbano, orillero, asesino y borracho. Tal pasó a ser para la filología de los asalariados, puesto

---

que nunca se ha conocido que salga parejero; overo rosado. A este caballo lo sujeta «sofrenándolo» y bien concuerda en su crítica Lugones, quien agrega: «Esta es una criollada falsa de gringo fanfarrón, que andaba jineteando la yegua de su jardinera.»

Agrega Rafael: «Luego el abrazo prolongado en que "se enredaron lagrimando" los dos amigos, es del mismo corte. ¿Quién vio abrazarse a dos gauchos?... Ni para bailar.»

«Abrazo y beso y lloriqueo entre napolitanos es corriente y si tal escena tuvo lugar por teatro algún pajonal de esta tierra, no habrá pasado de la Boca del Riachuelo...», agrega, haciendo alusión el lugar donde se radicaron los italianos inmigrantes.

<sup>11</sup> Debemos insistir en Ricardo Rojas, autor sobradamente conocido. En el citado tomo, dedicado, como dijo él, a los *gauchescos* (confundiendo expresamente a Hernández, *gaucho* por asimilación, con los *gauchescos* de circo: Ascasubi y Del Campo), pretendió hacerse el freudiano y se le ocurrió fabular sobre la libido de Martín Fierro. Quizá si hubiera leído a Sarmiento, hubiera conocido aquello de diez años de continencia.

Así pues, supuso que Martín Fierro se habría enamorado de la cautiva, a la que salva de la toltería y con ella vuelve a la civilización. En el viaje a través del pampa, bajo ese cielo infinito tachonado por millones de estrellas, en el abrazo obligado de la cautiva enancada en el caballo de Martín Fierro, se habrían incendiado en pasión... Lástima que Ricardo Rojas no sólo no hubiera leído el poema, pero ni siquiera visto. Porque en el poema, José Hernández, con un detallismo propio de esta segunda parte, con lujo de pormenores, describe a la cautiva en el caballo de Fierro y a Fierro adueñándose del caballo del capitanejo muerto en pelea. Pero es más. Hernández incluyó diez láminas dibujadas y calcadas en la piedra por Carlos Clerice. En el prólogo de la edición de 1879, Hernández alude al dibujante y al señor Supot, que realizara el grabado. Y el que puso en la tapa, justamente, reproduce la vuelta al pago; ambos jinetes, Fierro y la cautiva, que cabalga a lo amazona. Llegan a un rancho. Un perrito negro los recibe. Junto al rancho, apoyado en el marco, indiferente al drama que ignora, un gaucho los espera.

en la fila de los «gauchescos», contradiciendo lo propuesto y exigido por Hernández, cuando diera luz a Martín Fierro, hace ahora ya cien años, para que su bozarrón de gigante se prolongara en el tiempo y llegara hasta nosotros. Feliz idea de «Matraca», como lo conocían sus amigos. Gracias a esa intención, esta voz de «matraca» resuena hoy, vertida a todos los idiomas, pero, sobre todo, es constante elemental junto al inextinguible fogón pampeano.

*Mi relación acabé,  
por ser ciertas las conté  
todas las desgracias dichas:  
es un telar de desdichas  
cada gaucho que usté ve.*

*Pero ponga su esperanza  
en el Dios que lo formó;  
y aquí me despido yo,  
que referí así a mi modo,  
males que conocen todos  
pero que naides cantó.*

ELÍAS S. GIMÉNEZ VEGA  
Universidad Nacional de Rosario